

# La ciudad perdida

por LUIS MICHELENA

Al regreso de una excursión por las dos vertientes del Cáucaso, viaje que he podido hacer sin alejarme gran cosa de mi alcoba, a la manera de Xavier de Maistre, se me pide un nuevo desplazamiento, esta vez en el tiempo, para airear un poco nuestras modestas antigüedades.

No voy a hablar de los vecinos más antiguos de que tenemos noticia, los que resolvían el problema de la vivienda en Landerbaso antes de la invención del contratista de obras, entre otras razones porque no sé mucho de ellos. Algo más puedo decir de nuestra ciudad perdida, la vieja Oiasso u Oiarso, cuyos restos pisamos a lo mejor inadvertidamente cada día, como las ovejas de las Peñas de Aya tocaban, y quizá sigan tocando, el oro que nadie ha vuelto a ver desde la muerte de aquella mujer de San Antón.

Hay que advertir, antes que nada, que «nuestro» es aquí inclusivo y no exclusivo, ya que no es cosa de renovar pleitos olvidados con nuestros fraternales enemigos los oyartzuarras. Rentería debe la existencia a un movimiento separatista que tuvo éxito, como el de Panamá, porque no le faltó ayuda exterior. Su intento imperialista de constituirse en cabeza única del valle, en cambio, fracasó y no vamos a discutir ya los resultados de aquel empate. Convendremos, pues, en que lo que hay en el valle es de todos sus habitantes sobre todo cuando, como en este caso, no se sabe a quién puede corresponderle.

Porque de Oiasso sabemos muy poco, y lo poco que sabemos procede más de los libros que de las huellas materiales que ha dejado. Sus dimensiones debieron de ser reducidas por lo que nadie, por muy imaginativo que sea, va a compararla con Siracusa o Alejandría, ni siquiera con la Iruña navarra o la alavesa. No obstante, por una u otra razón, fue bastante importante para que la mencionaran Estrabón, Plinio y Ptolomeo. Y bueno será advertir, por si acaso, que esos señores estaban lejos de haber recorrido esta región, como otras que describieron. Su conocimiento, en muchos casos, solía ser de oídas y sobre todo de leídas, no muy distinto del que la mayoría tenemos de Chiuhua, el río Obi o el cabo de Hornos. De todos modos, para ser simples lectores, no estaban mal enterados.



La información que nos transmitieron es fácil de resumir. La ciudad se alzaba junto al mismo Océano, en territorio vascón y no várdulo. Hoy diríamos que era una población navarra, más que guipuzcoana: basta recordar que dialectalmente el euskera de Rentería —como el de Lezo, Oyarzun, Irún y Fuenterrabía, pero no el de Pasajes de San Juan— tiene más de alto-navarro que de guipuzcoano. En tiempos de Augusto, la población estaba unida a Pampiona por una vía que llegaba hasta la frontera de Aquitania e Iberia. Cabe pensar además, aunque falte la prueba documental, que por exigencias de la geografía no estaba unida a Lapurdum en la Galia menos estrechamente que a Pamplona.

Esto nos sitúa, más o menos, entre el Urumea y el Bidasoa, ya que el promontorio llamado también Oiasso, extremo occidental del Pirineo, era seguramente el actual cabo Hiquer. Y, como a todas luces es Oyarzun el continuador moderno del nombre de los geógrafos clásicos, es lógico suponer que la población estaba enclavada dentro de este valle, y que su puerto venía a ser el de Pasajes con la ría del Oyarzun, que podemos figurarnos más cristalina y menos cegada por basuras y detritus.

La cuenta de los hallazgos arqueológicos se hace también pronto. En primer lugar, y este es el único punto claro, las minas de Arditurri, cuya utilización pudo haber empezado antes, se explotaron intensamente en época romana. La misma traza de las labores de mirería da fe de ello, según los entendidos. Por si esto no bastara, han aparecido allí distintos objetos inconfundiblemente romanos (monedas de la época de Augusto, fragmentos de terra sigillata, etc.), que en su mayor parte se han desperdado sin dejar rastro. El primer descubridor que conocemos fue Thalacker, técnico romántico que hacia 1800 hizo una visita a las minas que no cede en dramatismo al descenso de Eneas a los infiernos.

Las minas están ahí, ¿pero el núcleo urbano? No indica gran cosa la estela de Arriandiaga con su jinete, obra de un precursor de Oteiza que nadie se ha decidido a reivindicar todavía. Más interesante sería el desnudo femenino en bronce, más abstracto que concreto, encontrado al parecer en Rentería, si supiéramos algo de su paradero o de las circunstancias del hallazgo. En este sentido se han mostrado más ricos Irún y la cuenca del Bidasoa.

Nos encontramos, por lo tanto, con que nada nos ayuda a fijar el emplazamiento de la población, ni la arqueología ni los nombres de lugar ni la configuración del terreno que ha tenido que cambiar mucho desde aquel entonces. La única seguridad que poseemos es que por ahí, no se sabe dónde ni a qué profundidad, quedan sin duda restos de aquella época. Lo que el hombre hace o dice, y hasta lo que piensa, tiene resonancias más duraderas de lo que suele creerse.

¿Qué hacer? Una «Sociedad de buscadores de Oiasso» no tendría probablemente demasiado éxito, ya que el placer de manejar pico y pala, aparte de los daños que podría ocasionar, no es comparable por ejemplo con el que proporciona el gatear y culebrear por simas y cavernas. Por otra parte, iría en contra de todos los principios económicos el remedar como aficionados lo que vienen haciendo sin descanso los profesionales en su afán de proveernos de viviendas cómodas, amplias y baratas. Acaso no



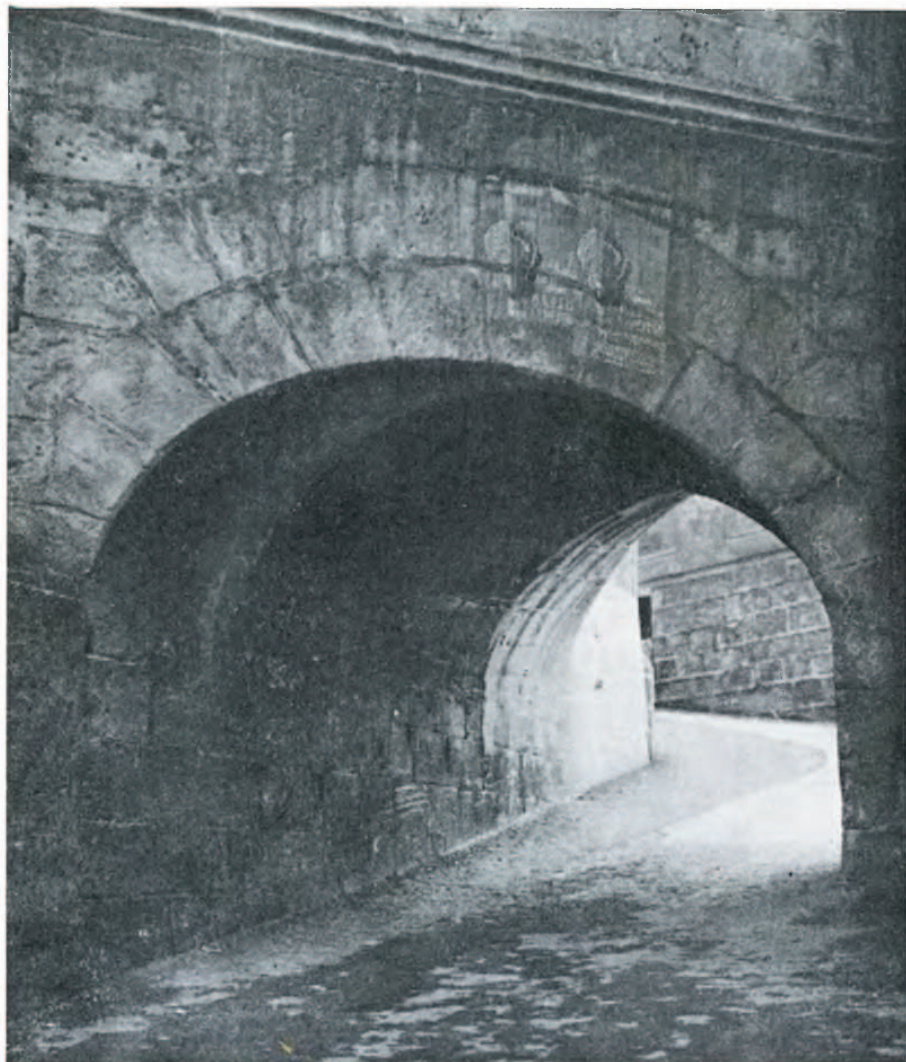
se haya cavado todavía, aunque se ha cavado mucho, en el punto justo donde habría que cavar.

O quizás, y eso sería peor, no se haya tenido en cuenta lo que ha aparecido. Porque sería mucho esperar que el primer golpe de azada o de excavadora sacara a la luz los capiteles corintios del templo de Venus Marina. Lo que sale con más facilidad es naturalmente lo que es más abundante, y ¿quién negará este título a la humilde, ubicua e indestructible cerámica? En aquellos buenos tiempos en que nadie pretendía que los cacharros fueran irrompibles, éstos se rompían como hoy, sólo que en pedazos más grandes. Y, por corto que fuera el número de los habitantes de Oiasso, en un par de siglos y contando con la proporción corriente de niños, tuvieron que legarnos un considerable montón de escombros.

¿Qué saldrá, si un trozo de olla nos marca algún día el lu-

gar? Dejemos campo a las preferencias de cada uno, aunque un tesoro o siquiera un tesorillo de los que se habla ahora —los excavadores han perdido empuje desde la época de Schliemann— siempre vendría bien. Personalmente no tengo mayor entusiasmo por piedras y ladrillos, como no vengan escritos. No es que uno, que ha dejado atrás las rosadas ilusiones de la adolescencia, sueñe con encontrar el poema de un Orixe pagano o los versos de los patriarcales precursores del Xenpelar y Basarri. Pero alguna inscripción con unos buenos nombres indígenas, que para ser de vascos de casta tendrían que llevar cada uno un par de haches, no es demasiado pedir. Luego resultará a lo mejor que no aparecen más que Flavias, Fabios y Sempronios, porque nuestros remotos antecesores eran gente a la que no le gustaba quedarse atrás en materia de modas.

# Mikela - zulo



Me atraía el túnel de la iglesia. De siempre. Cuando crío, porque no me dejaban en casa ir lejos y ya me parecía una aventura llegar desde la calle Santa María, para jugar a «tocapiés» en ese relleno del triángulo con el muro de la iglesia, que ahora es de cemento y antes no lo era. Más tarde, «a bules» y «a guerras» siempre era obligatorio como escondite. Allí cerca, en la «torre» de tablones que solía haber, recibí las impresiones primeras del prisionero. Eran los de la calle Magdalena, capitaneados por Pingarrón quienes me pillaron.

El lugar tiene sin duda mucha historia de la que se escribe y de la otra. Nos dicen que en tiempos de Maricastaña sirvió de comunicación entre la muralla y su baluarte: que debía ser por este lado la actual torre de la iglesia, y es seguro que entonces y ahora, ha servido de punto de cita para desafíos entre los mismos chavales que, en su obscuridad, ocultaron los humos de su primer cigarro, y también para dar sensación de clandestinidad a pudibundas «manitas» de enamorados.

MIKELA-ZULO es un «txoko» que gusta a todos. Es una curiosidad arquitectónica, romántica y evocadora, que a todos nos atrae. Los forasteros y turistas se paran a mirar sus encantos y tratan de llevárselos consigo. No hace mucho tiempo que tres muchachas embadurnaron unas telas tomándolo por motivo.

Yo, que ahora me he hecho fotógrafo, he pensado que no quedaría mal entre las demás cosas de OARSO, esta foto del «túnel de Calle Arriba», ya que aun con sus losas tapadas de macadam, sigue teniendo la castiza estampa de las cosas que, precisamente por su inmutabilidad, nunca mueren para nosotros. Su vista la llevamos dentro, igual que la sintieron nuestros padres, y no dudamos que quienes nos sucedan, como también el «zulo» tendrá algo que decirles, les ocurrirá lo mismo. Que así sea.

B.